

HISTORIA TODOS ES



REGISTRA LA MEMORIA NACIONAL

FUNDADOR FÉLIX LUNA

Huellas de la Revolución **Rusa** en Argentina 1917-2017



ADemás:

D'Orbigny, un naturalista en el Plata

Naturalista viajero francés (1802-1857)

D'Orbigny en el Plata

por **Eduardo G. Ottone**

El naturalista francés fue uno de los muchos viajeros que visitaron el Plata en la primera mitad del siglo XIX y dejaron sus impresiones en libros. Sus obras interpelan y describen nuestra otredad desde lo que sus autores estimaban que era la "civilización".



Damas de Buenos Aires. Según D'Orbigny, las porteñas eran hermosas mujeres.

Pierrefitte-sur-Seine es un cantón emplazado al Norte de París, entre Saint Denis y Sarcelles. Es un distrito atravesado de sur a norte por el asfalto de la N1, antigua vía galo romana que une la capital con Chantilly o Senlis¹. Casas con jardines, calles de tierra y la luz del verano jugando en el margen aserrado de las hojas de robles y castaños. Alcide está recostado y tiene los ojos cerrados, su cuerpo se empeña en dejarlo sin ver la mañana de ese último día de junio de 1857, pero... él se va de viaje, hacia el mar, donde *"uno se vuelve niño... se divierte de todo"* y así, andando entre *"peces voladores"* a través de las olas, se acerca a la costa y siente nuevamente, igual que treinta años atrás, el *"aire embalsamado del perfume de mil flores"*, es que, *"al llegar, emociones indefinibles se habían apoderado de mí, mi corazón desbordaba... por fin iba a pisar esa tierra tan deseada... nada me faltaba para ser feliz... estaba en América"*².

La Francia natal

Alcide Charles Victor Marie Dessalines d'Orbigny nació en Couëron, un poblado sobre el río Loire cercano a Nantes. Años después su familia se mudó a Esnandes y, en 1821, a La Rochelle, uno de los puertos más importantes del país³. Fueron años cambiantes para Francia, el año de su nacimiento, Napoleón Bonaparte se hizo proclamar cónsul a perpetuidad y, en 1804, emperador, luego vinieron las guerras en España y Rusia, la caída del imperio en 1814, la primera restauración monárquica, la vuelta de Napoleón al poder y su caída definitiva en 1815 después de la batalla de Waterloo. La segunda restauración, que culminó en 1830 llevó adelante un régimen relativamente liberal, posibilitando el progreso de las artes, ciencias y letras⁴. Comenzó su formación en estos años al lado de su padre, Charles, que era médico de la marina, naturalista y corresponsal del *Muséum national d'histoire naturelle* de París. En La Rochelle, Alcide y sus hermanos solían acompañarlo en sus recorridos por la costa en busca de objetos naturales, elementos que

también les llegaban de ultramar por encargo de Charles a sus colegas. Por otro lado, funcionaban en la ciudad la sociedad filarmónica dedicada a la promoción de la buena música y la sociedad de agricultura y, años más tarde, se fundarían las sociedades de ciencias naturales, arte y medicina. Gran promotor de todo este movimiento fue Fleuriat de Bellevue⁵ quien, miembro de una familia acomodada y de buen pasar, decidió dedicarse a las ciencias naturales. Fleuriat fue un gran apoyo para los d'Orbigny ya que ayudó a mejorar la posición laboral de Charles e impulsó a Alcide a estudiar los foraminíferos, *"esas miríadas de pequeños seres que encontraba, a cada paso, en las arenas de nuestras costas"*⁶. El trabajo de d'Orbigny en este grupo tuvo muy buena recepción en los círculos científicos parisinos y le valió que el renombrado naturalista André de Férussac lo invitara a París en 1824 para colaborar con sus investigaciones. En la capital se relacionó con los profesores del *Muséum* y, al año siguiente, Geoffroy de Saint Hilaire, que estaba cargo de la sección zoología de vertebrados, le hizo saber que sería nombrado naturalista viajero del *Muséum* y que debía ir a Sudamérica.



La segunda mitad del siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX fueron años de florecimiento de las ciencias naturales.

Naturalistas viajeros, mayormente financiados por distintos gobiernos europeos, fueron enviados a todo el mundo a fin de obtener nuevos conocimientos geográficos y científicos.

En este marco se destaca el viaje emblemático realizado por Alexandre von Humboldt y Aimé Bonpland, quienes recorrieron el norte de Sudamérica y América Central entre 1799 y 1804; la expedición española a cargo del italiano Alessandro Malaspina que contó entre sus naturalistas al checo Taddeus Haenke; la expedición francesa de Philibert Commerson y Louis Antoine de Bougainville; o las británicas de Joseph Banks y James Cook y, años después, la de Charles Darwin y Robert Fitz Roy⁷.

D'Orbigny viajó a Sudamérica con el asesoramiento de los

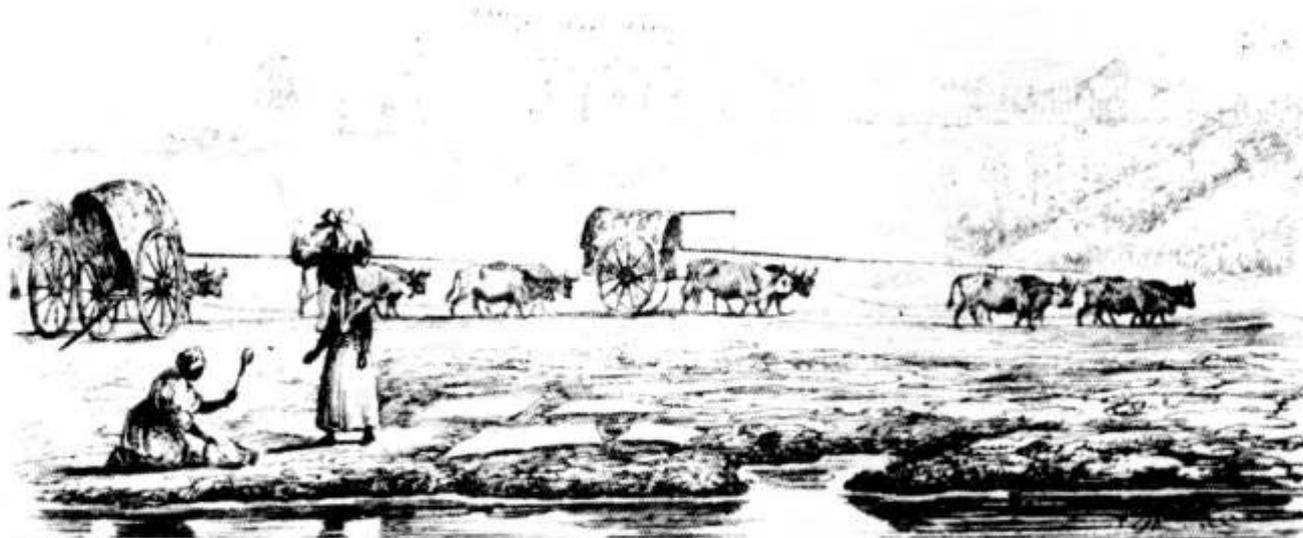
profesores y científicos allegados al *Muséum*, además de Saint Hilaire, Georges Cuvier, Alexandre y Adolphe Brongniart, Pierre Louis Cordier y el mismo von Humboldt. El viaje sería mayormente financiado por el *Muséum*, recibiendo además el aporte de François Victor Masséna⁸. Estuvo en Sudamérica desde 1826 a 1833, a su regreso, publicó siete tomos y dos atlas de *Voyage dans l'Amérique méridionale*, que aparecieron entre 1835 y 1847⁹. En 1836 dio a conocer *Voyage pittoresque dans les deux Amériques*, un texto profusamente ilustrado, con datos etnográficos, históricos y geográficos, tanto propios como de otros autores¹⁰. Por último, en 1839, publicó como libro independiente la parte dedicada a los indígenas americanos de *Voyage dans l'Amérique méridionale*; la obra se editó en dos tomos y un atlas de quince figuras bajo el título de *L'homme américain*¹¹.

Años turbulentos

D'Orbigny se embarcó en Brest a fines de julio de 1826 y partió a toda vela hacia el sur, para arribar en septiembre a Brasil. Llegó a Buenos Aires desde Uruguay en enero de 1827 y viajó rápidamente hacia Corrientes los primeros días de febrero, allí permaneció algo más de un año, y retornó a Buenos Aires en mayo de 1828. Su segunda estadía en la Capital fue más extensa ya que dejó la ciudad en diciembre de 1828 hacia Carmen de Patagones. El 1º de septiembre de 1829 dejó El Carmen, llegó días después a Buenos Aires, de allí pasó el 10 de diciembre a Montevideo y se embarcó a fin de mes hacia Chile. Arribó a Valparaíso en febrero de 1830 y ese mismo año pasó a Bolivia, donde entabló una muy buena relación con el presidente Andrés Santa Cruz¹², permaneció en ese país hasta 1833¹³, año en que retornó a Europa, no sin antes pasar por Lima. Llegó al río de la Plata en las postrimerías de la Guerra con el Brasil, conflicto que enfrentaba al gobierno porteño con

el Imperio desde 1821 a partir de la decisión de la provincia oriental de incorporarse a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Buenos Aires estaba bloqueada por la escuadra brasileña, lo que provocaba innumerables problemas a viajeros y comerciantes. A instancias del presidente Bernardino Rivadavia, el gobierno, representado por José Manuel García, partidario de la intervención del imperio en los asuntos del Plata, y el emperador del Brasil firmaron en 1827 una Convención Preliminar de Paz. El tratado implicaba el reconocimiento de Uruguay como estado independiente y fue rechazado por la Legislatura y el presidente Rivadavia en junio. Se trataba sin dudas de un mal acuerdo, en especial considerando que el 20 de febrero de 1827 las tropas del Plata al mando de Carlos María de Alvear habían vencido a los brasileños en la batalla de Ituzaingó. Este hecho trajo mucho descontento y provocó la caída del gobierno de Rivadavia, el llamado a elecciones y, en agosto de 1827, la segunda asunción de Manuel Dorrego como gobernador de la provincia de Buenos Aires. Dorrego era federal, muy popular entre el pueblo pero resistido por un vasto sector de la clase acomodada de adscripción unitaria. A pesar de sus ideas encontradas al respecto y presionado por el representante inglés, John Ponsoby, y por sectores internos, Dorrego ratificó en septiembre el acuerdo de paz con Brasil¹⁴.

A instancias de los seguidores de Rivadavia, se desencadenó entonces un marcado descontento entre las tropas que volvían vencedoras, que culminó en diciembre con la caída del gobierno y el fusilamiento de Dorrego por orden del comandante sublevado, Juan Lavalle. En 1829, parte del ejército comandado por José María Paz avanzó hacia Córdoba y derrocó al gobernador Juan Bautista Bustos. Lavalle, por su lado, combatió, en distintos frentes y con resultados adversos, contra el gobernador de Santa Fe, Estanislao López y el comandante de la campaña bonaerense,



Costa del Plata. Se aprecian carretas y mujeres lavando ropa.

Juan Manuel de Rosas.

La lucha por el poder entre federales (Bustos, López y Rosas) y unitarios (Lavalle y Paz), alcanzó en 1829 uno de sus momentos más álgidos. Esta escalada de acontecimientos llevó finalmente a la caída de Lavalle y, el 6 de diciembre, a casi un año del fusilamiento de Dorrego, al advenimiento de Rosas al gobierno de la provincia de Buenos Aires con facultades extraordinarias y en carácter de restaurador de las leyes e instituciones¹⁵.

Como la mayoría de los franceses que coincidieron para esa época en el Plata, d'Orbigny tenía clara simpatía por el partido unitario y, en su caso, por Rivadavia, quien "deseaba hacer florecer las ciencias en Buenos Aires", en el marco de un "régimen de libertad esclarecida"¹⁶. Según él, "el partido unitario era el de los liberales, el del mejoramiento del país, mientras que el partido federal era el absolutismo con vistas estrechas y opuestas al avance de la civilización; o mejor, era la campaña ignorante contra los ciudadanos esclarecidos"¹⁷. En fin, "Civillización y barbarie", el mismo enunciado que en el título del *Facundo*¹⁸.

Llegada a Buenos Aires

Alcide arribó por primera vez a la ciudad una mañana de verano de 1827, "Buenos Aires se mostraba entonces bajo su aspecto más risueño. Una rada llena de barcos de guerra e infinidad de embarcaciones de todo tipo y, hacia el sur, un bosque de mástiles de mil pequeñas barcas que parecerían descansar a seco en el arroyito de la Boca. En la costa había innumerables carretas y una multitud de lavanderas, moteando de blanco la alfombra verde natural que se extendía a lo lejos hacia el norte y parecía terminar en un grupo de árboles. La ciudad de Buenos Aires, con sus casas riverneñas alineadas horizontalmente sobre lo alto de la barranca, tenía, en general, un aire de gran ciudad. En el centro se destacaba el fuerte..., el conjunto era simple y elegante, y era raro que una chimenea

sobresaliese de la techumbre siempre horizontal y en terraza (azotea)"¹⁹. Días después llegaba hasta "el viejo convento de la Recoleta, donde la barranca se alejaba de la costa, y dejaba un espacio bastante extendido, poblado de sauces y entrecortado por varios canales de drenaje"²⁰.

En la ciudad conoció a algunos franceses, en especial, el cónsul Jean-Baptiste Washington de Mendeville, quien le "hizo el honor de invitarlo a su casa y tuvo a bien presentarle varias de las personas más recomendables de la ciudad y el país, entre las que cabe mencionar" a algunos franceses como los comerciantes Joseph Meyer y Dominique Roguin, y el naturalista Théodore Lacordaire. Roguin le "pintó con vivos colores la extrema variedad de animales y plantas que había en la provincia de Corrientes... la región explorada por Don Félix de Azara" y, ante la oportunidad "de estudiar, en su patria y con su libro a mano"²¹ lo que había visto el español, hacia allí partió, a los pocos días de haber llegado a Buenos Aires.

Alcide retornó a la ciudad hacia fin de otoño de 1828 y permaneció hasta diciembre, durante esos meses produjo un cúmulo de observaciones interesantes. A comienzos de julio asistió a los prolegómenos de la conmemoración del Día de la Independencia. "Alrededor de la plaza de la Victoria se habían puesto tablas verticales y sobre ellas se habían pintado columnas con un escudo brillando en el tope donde estaba inscripto cada uno de los lugares donde los patriotas habían logrado las principales victorias sobre los españoles. Se leían los nombres de Tupiza, Tucumán, Salta, Chacabuco, Penco, Maipú, Lima, Ayacucho, Junín... todo anunciaba, para el día siguiente, el espectáculo de una fiesta brillante; pero me vi defraudado. Durante la noche se levantó un terrible pampero, acompañado de lluvia y granizo. Muchos navíos encallaron; y al otro día, al ir a ver el río enfurecido, me impresionó mucho notar que toda la puesta en escena de los altos hechos realizados por los argentinos había sido volteada por el viento, y sus



Desembarco. Por la poca profundidad, se hacía en carretas.



Pescadores. Tiraban las redes para la pesca del día.

victorias pintadas con engrudo borradas por la lluvia... La fiesta fracasó debido al mal tiempo y todos los preparativos se perdieron”²². Sin festejo, d’Orbigny siguió con su descripción de Buenos Aires. “La ciudad estaba en un plano horizontal y metódicamente dividida en cuadras iguales, de 150 varas, separadas por calles rectas de ancho parejo. Las calles tenían la vereda no muy ancha y la calzada pavimentada en las primeras seis a ocho cuadras... ¡se puede imaginar el estado en que se encontraba el resto! Las lluvias lavaban la arcilla del suelo, las carretas hacían la huella, el agua arrastraba el barro pendiente abajo... y cuando era necesario cruzar de una vereda a otra luego de una lluvia, había que caminar hasta la esquina porque solamente ahí los vecinos caritativos se preocupaban de dar una salida a los peatones, poniendo, de tramo en tramo, en medio del agua o el barro, montones de ladrillos sobre los que se podía pasar, a riesgo de caer, saltando de uno a otro”. La plaza de la Victoria, de tierra igual que la Pampa y enmarcada por la Recova y el Cabildo, tenía en su centro “una pirámide u obelisco informe, rodeado de rejas de hierro”. Las veredas cercanas a la plaza eran parejas, el resto de ladrillos fijados entre sí por maderas, “lo que resultaba en un número de desigualdades que hacían permanentemente trastabillar al peatón deshabituado”²³.

de teorías, de proyectos a realizar... aunque, si se pasaba a la acción...”, no era tan así. Alcide notó además que, mientras paraguayos y bolivianos hablaban un español correcto, en Buenos Aires, los porteños tenían “una pronunciación viciosa, afeminada” y por otro lado, al escribir, “la falta en la que caían muchos era la de confundir la i con la l, como en la pronunciación, de modo que numerosas personas escribían **llegua por yegua** y **yover por llover**... vicio uniforme en el lenguaje que parecía nivelar todas las clases sociales”. También opinó sobre el hombre de la campaña afirmando que el “**Gaucha** insensible, conocía poco de amor y raramente de amistad, sospechaba apenas los afectos de familia y trataba a los animales tan duro como a sí mismo y sus semejantes”. En fin, volviendo a los ciudadanos y para matizar tanta crítica, concluyó señalando que “después de haber estudiado a los **Porteños** en su aspecto moral, si se pasaba a lo físico, resultaba claro que, por sus formas y rasgos, era el pueblo más bello que pueda imaginarse” y, otra buena, los porteños “comprendían las lenguas extranjeras con una rapidez sorprendente” y, del mismo modo “los versos”²⁵.

D’Orbigny no tuvo empatía con los varones del puerto pero sí con las damas. Notó que si había un lugar donde reinaba la mujer era en su casa. Nada demasiado lujosa,

El 1º de diciembre de 1828, por la Revolución de Lavalle, su barco no pudo zarpar hacia El Carmen.

d’Orbigny notó que los porteños, a pesar de guardar siesta rigurosa, no eran demasiado madrugadores, de modo que si uno se levantaba temprano, se encontraba “absolutamente solo y con numerosas ratas salidas de los sumideros de las casas, en posesión de las calles y paseándose con toda libertad”. Finalmente la ciudad despertaba y aparecían, “en primer lugar, las carretas de los pescadores que volvían de la costa cargadas de pescados... llamaba la atención la altura de sus ruedas, llevaban al tiro dos caballos conducidos por un **Gaucha** que montaba sobre uno u otro”, después los aguateros, “subidos al yugo de los bueyes” y todo tipo de mercaderes a caballo como lecheros y panaderos, pero en general y dejando de lado domésticas, lavanderas y extranjeras, Alcide notó que durante el día los hombres andaban solos, ya que “las **Porteñas**, exceptuando raras ocasiones, no salían más que de noche”²⁴.

Su apreciación de los porteños

A d’Orbigny no le cayeron simpáticos los porteños; señaló que “los habitantes de la capital eran parlanchines en contraposición a los de la campaña que eran taciturnos”, pero “toda esa verborragia escondía, para algunos, mucha ignorancia, y un charlatanismo enriquecido por estudios superficiales y lecturas hechas a la ligera, con mayor avidez que discernimiento”. Según él, el porteño era “inagotable, con un espíritu fecundo que daba la impresión de no tener más límites que el de su parecer”, pero, la cosa funcionaba “mientras se trataba

una construcción generalmente de una planta, con uno o dos patios rodeados de habitaciones y un centro, el salón, motor de la vida social, allí “las señoritas de la casa pasaban todo el día sin hacer nada o bien estudiando sean contradanzas españolas, sean vals, sea el acompañamiento de una nueva romanza que debían cantar por la noche, porque, si las visitas eran raras de día, la noche era la hora de las reuniones (**tertulias**); entonces se reunía mucha gente, se hablaba, se criticaba, las mujeres mostraban una amabilidad y espíritu vivaz destacables, se bailaba el minueto, el montonero, la contradanza y el vals... las señoritas eran parte de todas las conversaciones”. También señaló que, cuando no era día de reunión, no bien se encendía el alumbrado, “las damas salían de casa para ir a visitar las tiendas..., caminaban lento, balanceándose suavemente y agitando sus abanicos con una gracia encantadora... se paseaban así hasta las diez horas, entonces volvían a casa y las calles, que un instante antes se veían repletas de las bellezas más picantes del mundo, se volvían desiertas y silenciosas”. Por otro lado, “un día de buen tiempo, al atardecer, si en lugar de quedarse en la ciudad uno iba a la costa, lo que se veía eran numerosos caballeros y señoritas paseándose en la **alameda del Bajo**”, eran sobre todo, parejas de extranjeros. Para terminar, Alcide fue concluyente, “las **Porteñas** ganan la palma de la elegancia por su porte, vestido, peinado y, más aún, por la delicadeza de sus rasgos... todas las **Porteñas** son bellas, bien formadas y unen, en general, toda la ventaja y majestad de los rasgos españoles y la sangre más buena que

pueda encontrarse"²⁶.

d'Orbigny estuvo en el Plata en años en que "Buenos Aires tenía un comercio muy activo", con numerosos navíos ingleses y, en menor medida, estadounidenses que llegaban al puerto desde ultramar y "embarcaciones de tonelaje medio que llegaban a Buenos Aires por cabotaje interior... lo mismo que a San Fernando o Tigre por el Paraná y el Uruguay". Dejando de lado algún producto como la plata o las pieles de chinchilla que provenían mayormente de Bolivia, "las exportaciones de Buenos Aires se reducían a cueros de vaca, caballo y oveja, pieles de coipo, jaguar y lobo marino, crines, plumas de ñandú, cuernos, cebo, grasa y carne salada; y, a pesar que la tierra producía trigo de muy buena calidad, este tipo de cultivo estaba tan abandonado por la inestabilidad de los gobiernos y la poca seguridad ofrecida a los labradores que, aunque la cosecha daba un rinde de más de veinte por uno, la ciudad dependía de Chile o América del Norte para obtener este alimento de primera necesidad". Alcide notó también que en Buenos Aires "ninguna fábrica aprovechaba los productos de la tierra y, en consecuencia, el país se empobrecía cada vez más por el intercambio de una parte de sus productos contra las mercaderías extranjeras, pero siempre a expensas de lo que entraba", y también, que había más casas de venta de bebidas alcohólicas que panaderías, de modo que "en Buenos Aires se comía poco pan en tanto que la borrachera era llevada al extremo". Asimismo señaló que nuestras tiendas, a diferencia de las europeas "estaban destinadas a un determinado tipo de artículo, vendían los objetos más disparatados, tales como telas, muselinas, toda especie de sedas, ferretería, mercería, objetos de confección, moda, y muebles, en tanto que la pulpería era a la vez cabaret, tienda de comestibles, droguería, talabartería y cuchillería"²⁷. Interesante mirada sobre la economía del Buenos Aires de entonces.

La ciudad de Corrientes

D'Orbigny viajó a Corrientes en los primeros días de febrero de 1827 y retornó a la Capital hacia fin de mayo de 1828. Partió de "La Boca" con viento favorable hacia el Norte, "pasando delante del bosque de sauces que decora la rivera hasta San-Isidro" y luego el Paraná, donde tuvo más de "un momento de sorpresa extática contemplando ese río majestuoso". Remontar el río en esa época era cuestión de vientos y, sobre todo, voluntad de llegar; "cuando el viento soplabá del sur nos empujaba con violencia y nos hacía vencer la fuerza de la corriente con una facilidad extraordinaria", si en cambio venía del Norte o había calma, "estábamos forzados a detenemos". También podía avanzarse "empujando la barca con remos, pero, a menudo, la corriente triunfaba sobre los remeros", en estas circunstancias, la solución era ir a la sirga, o sea "lanzar una cuerda a tierra y, mientras que una parte de los marineros empujaban la barca hacia adelante, los otros tiraban de la cuerda, un tipo de navegación, como puede verse, poco favorable al progreso". Cabe señalar que el viento no solo era importante para avanzar aguas arriba, también ayudaba a dormir tranquilo; "el viento sur espantaba todos los mosquitos", de lo contrario, los insectos le dejaban "en un instante todo el rostro inflamado por sus picaduras", de modo que, para descansar, "debía envolverse en el mosquitero desde antes de la caída del sol para no quedar destrozado por las miríadas de mosquitos del crepúsculo". Lo más complicado del viaje eran los jaguares, "los oíamos rugir toda la noche alrededor nuestro, esos roncacos acentos repetidos a lo lejos por el eco del bosque y las barrancas de la costa opuesta



Vista de la Recova. Dividía la actual Plaza de Mayo al medio y servía como mercado.

habrían podido helar de miedo a todo hombre que, desde nuestros países civilizados, se encontrase de golpe transportado a esta soledad salvaje". Hombres como Alcide y de "países civilizados" como Francia. Al final terminó por acostumbrarse a mosquitos y jaguares, y por el resto, morigeró su mirada, concluyendo que, "sobre ambos continentes los hombres poseen el mismo grado de civilización, son siempre y en todas partes más o menos los mismos, están movidos por las mismas pasiones, son susceptibles de gustos parecidos, están empujados por los mismos placeres, resultando siempre e instantáneamente condenados como bárbaros por el observador que los ve por primera vez"²⁸.

En la ciudad de Corrientes conoció a dos franceses, Pierre Bréard, ganadero establecido en la zona que lo invitó a recorrer su campo, y Narcisse Parchappe, quien trabajaba entonces como agrimensor y topógrafo del gobierno de Pedro Ferré, y sería con el tiempo un estrecho colaborador de d'Orbigny. Parchappe es además reconocido en nuestro país por haber participado, junto al comandante Ramón Estomba, de la fundación de Bahía Blanca.

El campo de Bréard, "la chacra de la laguna brava", estaba cerca de la ciudad. Era un terreno con esteros y plantíos de "caña de azúcar, algodón, maíz, mandioca, porotos y tabaco", vigilados por las "lorreras", mujeres que "recorrían el maízal chiflando, gritando o haciendo ruido" para espantar las "numerosas bandas de loros que esperaban sobre los arbustos vecinos para desbastar el campo a la menor distracción". La residencia principal era amplia, con galerías y "techo cubierto, como muchas de las casas de Corrientes, de un género novedoso de tejas hechas del tronco de la palmera llamada *carondai*"²⁹. Acompañó luego a Parchappe en un viaje de trabajo hacia el Sur, en el que atravesaron el río Santa Lucía y, luego de pasar por San Roque, donde "los habitantes quedaron muy asombrados al verlo juntar insectos

y preparar pájaros, por lo que a cada rato decían que era brujo o loco", partieron rumbo a la estancia de Rincón de Luna, en el actual departamento Concepción. En el camino atravesaron campos abiertos y "bosques de palmeras *yataís*, que caracterizan los terrenos arenosos comprendidos entre el Río de Santa-Lucía y el estero del Río Batel" donde el suelo se hace "arcilloso, en parte inundado, siendo cubierto por bonitas palmeras *caranday*". El arroyo Batel lo cruzaron "en pelota, que es como se llamaba a un cuero seco con sus cuatro lados plegados y unidos... tipo de barca que parecía el papel del envoltorio del mazapán de Francia", allí se embarcaba uno con sus bagajes, "el conductor ataba luego una correa a uno de los ángulos del cuero, tomaba la otra punta y, medio desnudo, montaba a pelo su caballo y... después de una hora de esta extraña navegación, lo llevaba sin accidentes a la orilla opuesta"³⁰. En la estancia de Rincón de Luna, asistió al conteo de "seis mil cabezas de vacunos" que a tal fin habían sido "encerrados en un corral inmenso" cercano a las casas, por lo que "el mugido incesante de los animales apretujados unos al lado de los otros impidió a todos reposar durante la noche". Al día siguiente se hizo la yerra o "hierra (marcación del ganado)..., quince a dieciséis hombres de a pie con su lazo se preparaban a enlazar por las patas a los animales a marcar, a esta operación le decían *pialar*; además, varios marcadores calentaban los hierros con la marca de los propietarios y, en fin, otros hombres estaban encargados de mantener quietos los animales durante la marcación y de castrar los toros jóvenes"; los animales a marcar eran traídos del corral a gritos y golpes por hombres a caballo que luego los enlazaban y hacían caer marcándolos en las ancas, el lomo o el costillar, "la marca llevaba comúnmente la letra inicial del propietario ornada con florones destinados a distinguirla de todas las que pudieran ser parecidas". Luego refirió que "el toro castrado tomaba el nombre de *novi-*



Plaza de la Victoria. Al otro lado de la Recova. Se aprecia el Cabildo en su estado original.

llo, en tanto que se llamaba **buely** al toro domesticado y destinado al trabajo..., los novillos hacían la riqueza de una estancia ya que tropas de estos animales se conducían a los **saladeros** a fin de obtener carne salada para los mercados de la ciudad o Buenos Aires". Alcide describió en detalle los productos derivados del ganado vacuno, "como la carne y demás despojos, vale decir cuero, sebo, grasa, cuernos y, finalmente, huesos, que en Buenos Aires y las **Pampas** se usan como combustible en los hornos de ladrillo y jabonerías"; en Corrientes la carne se vendía como "**charque** o **tasajo**, o sea carne seca, preparada de diversas maneras; lo más común era cortarla en pequeñas tiras que se extendían al aire sobre cuerdas para que se secaran", en Buenos Aires, en cambio, antes de ponerse a secar, la carne se salaba; el cuero, muy usado en elementos tan diversos como el techo de las carretas, valijas, lazos o riendas, se secaba fijándolo bien tenso con una serie de estacas, "el pelo hacia abajo y a cinco o seis centímetros del suelo, tres o cuatro días de sol de verano eran suficientes para secarlo completamente"; la grasa visceral derretida "la recogían en vejigas o en el intestino grueso y así se vendía en las ciudades donde la gente le era muy aficionada, empleándola en la cocina, en todos sus guisos". La mayoría de los peones "de las estancias no percibían salario, sólo recibían

Itatí era semejante a la de los del resto del país, es decir, dormir, fumar, tomar mate y, el resto del tiempo, jugar; siempre que iba a lo del cura o el comandante los encontraba jugando al **monte**". El 4 de noviembre, día de San Carlos, fue una buena excusa para organizar, cigarros y aguardiente mediante, una fiesta en honor a "**Don Carlos, o bien el naturalista...** los hombres estaban mayormente en **chilipa**, en **calsoncillos** y **descalzos**", se danzó el minuetto montonero y "hasta me hicieron bailar un **cielito...** todo terminó a las dos de la madrugada, no sin antes haberme cantado varias veces versos sobre la **despedida**". Buenos momentos los vividos en Itatí, "recuerdos que nunca se van a borrar de mi memoria"³³.

"Caa Catí está emplazada en una faja de terreno arenoso de dirección este-sudoeste, que va desde Itá Ibaté hasta cerca de **Bellavista**, sobre la costa del **Paraná**". D'Orbigny se relacionó con miembros de la familia Esquibel, la más importante del pueblo, y con los Chauvin, de origen francés. Los habitantes de Caa Catí tenían costumbres destacables, tales como que hombres y mujeres solían bañarse juntos por la tarde en la laguna cercana al pueblo sin ropa y sin prejuicios, y que en las casas "no se cerraban las puertas, ni de noche ni de día". Tuvo también la oportunidad de escu-

Conoció en Buenos Aires a los franceses: el cónsul Mendeville, dos comerciantes y a un naturalista.

vestido y comida..., solamente cobraba quien los conducía y vigilaba, el **capatas**, que estaba a su vez sometido a las órdenes del **mayordomo**, que era quien dirigía, en general, todas las operaciones". En la estancia se comía carne, a veces queso y raramente pan. "La estancia era el modo de especulación más fácil y, sobre todo, seguro de Corrientes, un territorio donde abundaban los pastos y los animales se multiplicaban con una facilidad extraordinaria dando, por lo normal, un rendimiento del cincuenta por ciento anual; este tipo de empresa demandaba tan poco capital que era, por así decirlo, el único comercio de la provincia"³¹.

El paisaje correntino

D'Orbigny visitó luego el Norte de Corrientes. Viajó a San Cosme, Ensenada Grande e Itatí, llegando aguas arriba de Itá Ibaté, "cerca del peligro, o sea de la primera guardia del **Paraguay**", donde se corría el riesgo de "ir a compartir la detención de mi compatriota **Bonpland**"³². También recorrió los alrededores de Caa Catí y la laguna del Iberá. El naturalista oyó a los "**carayás** o **monos aulladores...** animales que se hacían escuchar a cerca de una legua de distancia... con su concierto discordante que atravesaba el **Paraná**" y también a los pecaríes, "corriendo encolerizados y haciendo chirriar sus dientes, espumando de rabia y con la cabeza baja". Notó que Itatí era un pueblo dedicado a la agricultura y la alfarería, gracias "a los indígenas **guaraníes** que allí habitaban". Por otro lado, "la ocupación habitual de la clase acomodada de

char con gran placer una pequeña orquesta del lugar, "formada por indígenas **guaraníes**; uno tocaba un violín fabricado por él mismo, otro un arpa hecha con un tronco de árbol hueco al que le había adaptado una caja de resonancia y cuerdas fabricadas en el pueblo, otro tocaba la guitarra y, los tres hijos del arpista, hacían el acompañamiento con un tamborín, una caja y un triángulo; pero, lo que más llamaba la atención, era un indígena ciego que se había hecho una **chirimía** de caña..., era el cuerpo de música de baile, guerra e iglesia de **Caacaty**..., estos virtuosos tocaban, con mucha precisión, algunos aires nacionales y, costaba entender cómo hombres sin estudios musicales y con instrumentos tan rudimentarios" tocaran tan bien. Luego fue hacia El Tacuaral, al sudoeste de Caa Catí, donde tuvo la ocasión de asistir, con ayuda de buenos perros "**tigreros**", a la caza del jaguar, para seguir luego viaje hasta "**Yataty-Guaçu**", actualmente Palmar Grande, "sin dudas la zona más rendidora de toda la provincia de Corrientes". En la comarca se producía tabaco y caña de azúcar. Para cultivar el tabaco se arrasaban los bosques de yatay, ya que ambas plantas progresaban en el mismo tipo de suelo arenoso; las hojas cortadas se recogían primero en cueros que se ponían a resguardo bajo techo; se las agrupaba luego "en pares de a seis, llamados **sartas**, sobre cuerdas, a una cierta distancia unas de otras y después se las dejaba secar a la sombra expuestas al viento"; antes de venderlas se las dejaba una noche o al alba al rocío, aunque cubiertas por hojas de otras plantas, en especial hinojo, para obtener del

tabaco "ese gusto picante" característico; se deshacían luego las sartas, "prensándose el contenido de cuatro de ellas alrededor de una varita para formar lo que se conocía como **mazo de tabaco** y es así que el producto se enviaba al comercio". La caña se recogía y "prensaba en molinos o trapiches muy simples consistentes de tres cilindros móviles, con el del medio que se hacía girar sobre los otros en sentido inverso por medio de engranajes; los molinos eran movidos por bueyes", el jugo se hacía "hervir hasta alcanzar la consistencia de la melaza que se comercializaba con el nombre de **miel de caña**", incluso en Buenos Aires; también "se obtenía, por fermentación, aguardiente de caña de azúcar"; en el campo, toda casa tenía su alambique para asegurarse la provisión. Pero, después de cañas y tabacales, una buena comida en la mesa los de Esquibel donde sirvieron dos lechones enteros y una cabeza de vacuno al horno; en vez de pan, choclo o queso; después, vegetales cocidos con queso y locro; de postre, leche, que podía ingerirse con el agregado de pedazos de calabaza o granos de maíz cocido; y para terminar, "un bocado muy apreciado por los degustadores del país, queso fresco sin sal con jarabe de caña de azúcar"; raramente se tomaba vino, en cambio, "se hacía circular a veces un vaso de aguardiente de caña de azúcar del que cada uno tomaba lo que quería"³⁴.

Sobre los indígenas correntinos

D'Orbigny viajó con tropa de carretas de Palmar Grande hasta la laguna del Iberá y, desde allí, de vuelta a Corrientes por Caa Catí. Era enero, hacía calor, dormían al costado del camino y comían poco, sólo charque y agua. "Cada carreta iba tirada por seis bueyes de los que dos llevaban el timón, o sea que tenían un yugo lo suficientemente largo como para verse obligados a marchar alineados con las ruedas..., los bueyes eran estimulados en su marcha a picana y picanilla... y por el grito de ¡vamos!, repetido a cada instante, a lo que el carretero sumaba el del nombre de pila del animal". En el margen oeste de la laguna visitaron las ruinas de la misión jesuítica de San José, "triste recuerdo de un establecimiento

que tan rico supo ser"³⁵.

A comienzo de febrero, la tropa de carretas llegó al Riachuelo y el naturalista alcanzó a caballo y al galope la ciudad de Corrientes. D'Orbigny cruzó también el río Paraná, realizando interesantes observaciones sobre los indígenas chaqueños. Describió a los tobas como relativamente altos, "hombres robustos, fuertes, musculosos, de cinco pies y tres pulgadas en promedio, con piernas gruesas, piel color bronce oscuro..., pómulos muy salientes en la edad madura y ojos ligeramente inclinados; casi todos feos". Los tobas tenían una voz ronca y fuerte, usaban el cabello largo y, al igual que otros indígenas sudamericanos, se depilaban la barba. Vio también "muchos individuos de ambos sexos tatuados, con distintas rayas sobre la cara en los hombres y sólo algunos signos ligeros encima de la nariz, en los pómulos y en el ángulo externo del ojo en las mujeres". Los tobas vestían de modo muy simple, hombres y mujeres "se cubrían con una tela que les envolvía la cadera" y en invierno "con un poncho o manto de cuero de coipo, profusamente pintado sobre el lado opuesto al pelo". Las adolescentes tenían la costumbre de "presionar sus senos, aun perfectamente redondeados, con los brazos, a fin de forzarlos a descender..., es que consideraban más bellas a las mujeres de senos pendientes... y, por otro lado, esa moda extraña tenía su utilidad ya que cuando viajaban con sus hijos en la espalda, podían amamantarlos sin suspender la marcha". Los tobas vivían bajo techumbres de caña de 100 a 200 metros de largo orientadas este-oeste, cerradas hacia el sur y emplazadas al borde del agua. En fin, vio a los tobas "despreocupados, lentos y bastante perezosos, salvo para la caza"³⁶, que era la base de su alimentación. Estando en Corrientes, d'Orbigny tuvo también oportunidad de ver un grupo de lenguas, "una de las naciones indígenas del interior del Chaco". Estos indígenas "llevaban en el lóbulo de la oreja un fragmento de madera redondeado bastante grande, igual que los **Botocudos** de Brasil y, como entre ellos era signo de belleza tener adornos del mayor tamaño posible, dos indígenas, sin dudas los más respetables, los tenían largos



Matadero. La faena se realizaba en las afueras de la ciudad y fue descrita detalladamente por D'Orbigny.

como una mano, de modo que las orejas les caían sobre los hombros; sin embargo, este ornamento extraño no era el único, ya que poseían además una abertura transversal en la base del labio inferior donde encajaban una paletita de madera de dos pulgadas de largo..., este adorno singular, bastante parecido a una lengua, les valió que los españoles los llamasen **Lenguas**". Notó finalmente que, al igual que los tobas, los lenguas tenían "piel de tinte bronceado, ojos ligeramente inclinados y pómulos salientes"³⁷.

D'Orbigny se ocupó en el *Voyage* de caracterizar a los indígenas chaqueños aunque no así a los guaraníes, a pesar ciertamente de haberlos nombrado en varias oportunidades; se refirió a estos indígenas en *L'homme Américain*, señalando que "en *Corrientes* y *Misiones* su altura media raramente pasaba de un metro con sesenta y dos centímetros (cinco pies)", y las mujeres eran algo más bajas. Los guaraníes se distinguían por "su cabeza redondeada, no comprimida lateralmente..., frente elevada, cara casi circular, nariz corta y de narinas relativamente poco abiertas", boca mediana y de labios pequeños, mentón redondeado y presencia de poca barba. Por último, destacó que "en *Paraguay* y *Corrientes*, los guaraníes sometidos, casi esclavos de los colonos, tenían un aire triste y abatido..., no mostrando, por lo menos exteriormente, pasión ni vivacidad". Otro era su carácter en libertad, ya que entonces se sabían hombres cabales, "plenos de orgullo y dulzura a la vez"³⁸.

Apreciaciones sobre Corrientes

Antes de partir definitivamente hacia Buenos Aires, d'Orbigny nos dejó su mirada sobre los habitantes de la ciudad. "El *Correntino* se levantaba comúnmente al alba y, apenas vestido..., si es que antes no lo había tomado en la cama, pedía mate; después de levantarse iba al patio o a su corral, enlazaba su caballo que, a menudo, estaba toda la noche sin comer, lo llevaba a la puerta, lo limpiaba un poco y, lentamente, lo ensillaba...; el lujo del *recado* consistía en una piel o *pellon*... y la faja superior o *sobre sincha*, que debía

estar ricamente bordada y ornada con colores vivos; el hombre llevaba siempre espuelas pesadas de plata maciza"; después "montaba y atravesaba la calle al paso dando el buen día a vecinos y vecinas" hasta llegar al trabajo, sea un negocio, el puerto o sus campos. Allí, "pasaba buena parte de la mañana fumando a cada instante" tabaco fuerte que "arruinaba los dientes, manchaba los dedos y causaba dolores de pecho debido a como fumaban, ya que no se contentaban con tragar el humo por la boca y expulsarlo enseguida, sino que lo aspiraban y retenían un instante en el pecho, siempre hablando y, en un momento, lo expelían inesperadamente, sosteniendo, no sin jactancia, que los que no fumaban así no sabían fumar". Antes del mediodía, "a las once, los amigos se juntaban a tomar licor o aguardiente y esto lo llamaban **tomar las onze**; era el único momento del día donde les gustaba tomar aguardiente, por lo que hay que decir que, en este sentido, eran de una sobriedad ejemplar".

Para almorzar volvían a casa, a caballo, ya que "ir a pie era un deshonor y sólo los extranjeros se lo permitían"; durante el almuerzo, "cerraban todas las puertas y ventanas que daban a la calle..., la mesa se servía para los hombres, ya que mujeres y niños comían después en otra habitación o en la cocina"; comían asado, a veces con tomates; el pan, igual que en Caa Catí, era raro, "un lujo para ricos que se reemplazaba comúnmente por queso o la **chipa**, bollo de harina de **mandioca** y queso homeado", después carne frita y guiso, con mucha grasa, mazamorra, miel o jarabe de caña para el postre y, para tomar, agua o leche hervida; y después la siesta. Este era el "momento en el que la naturaleza entera parecía estar en el sueño más completo, ya que no solo los hombres descansaban sino que también todos los animales... sólo la cigarra llenaba el campo con su canto alborozado"; era cuando el naturalista francés aprovechaba para tomar notas y redactar sus apuntes "en la certeza de no ser molestado por los numerosos inoportunos que se multiplicaban en esta provincia donde los hombres, no tenían, por así decirlo, ninguna ocupación". En fin, a las tres y media terminaba la sies-



Vista general de Buenos Aires. En primer plano dos vendedores ambulantes y una familia vestida elegantemente.

ta, todos se despertaban, tomaban mate y seguían con su vida, paseando, yendo de un lado al otro, pero cuando "sonaba el *Angelus* de la tarde u *Oracion*, todos se detenían, se descubrían y rezaban; se diría que en ese momento todo movimiento había cesado en la ciudad como por encantamiento..., un extranjero que no se parase y quitase el sombrero durante la *Oracion* sería visto como un impío". La gente se retiraba temprano por la noche, con excepción de "los muchachos que andaban de serenata por la calle con su guitarra"³⁹. Tras dejar Corrientes, el naturalista viajó hacia el sur.

Su llegada a El Carmen

D'Orbigny estuvo en Carmen de Patagones y alrededores entre enero y septiembre de 1829; se fue cuando llegó el nuevo comandante, José Gabriel de la Oyuela, quien "era un poco *fanfaron*... y se pronunciaba por un gobierno despótico, amenazando de muerte a aquellos que desobedeciesen o estuviesen en desacuerdo"⁴⁰. En El Carmen lo recibió quien era entonces el comandante, Ramón Rodríguez, veterano del ejército del Norte y de la guerra con el Brasil, donde había sido ayudante de Carlos de Alvear en la batalla de Ituzaingó. El pueblo se levantaba en un "terreno arenoso y muy desigual en el que, para ir de una casa a otra había

isla y en marea baja, la "península de los *Jabalis*, que es como llamaban los españoles en América al pecarí; la península tenía su lado este cubierto de dunas elevadas y conocido como punta del Infierno porque el mar era allí muy bravo". En la estancia había tres casas muy humildes, "con techo de paja, una era la del capataz, la otra servía de cocina y depósito de cueros y la tercera, separada de las anteriores, era donde vivían doce o quince negros esclavos..., las casas estaban rodeadas de corrales donde se resguardaban caballos y ovejas..., la hierba era allí bastante buena y podía alimentar a más de diez mil cabezas de ganado..., estos pastos, saturados de sal, eran más nutritivos que los que crecían en terrenos normales y eran muy buscados por los animales"; el problema era el agua, "aún la que se bebía en la estancia era tan salada que daba repugnancia y no calmaba la sed"⁴².

En la estancia había una embarcación, de modo que Alcide recorrió la bahía y sus islas, y pudo ver a los elefantes y lobos marinos, interesándose especialmente en los primeros; estos animales, que habían sido abundantes en el pasado eran, debido a su caza indiscriminada y a gran escala, cada vez más escasos. Todos los años, en agosto o septiembre, "barcas tripuladas por hombres armados de palos y largas lanzas de hierro, recorrían la costa y, llegados frente a

El naturalista recorrió nuestro territorio entre 1827 y 1829 y comenzó a publicar sus resultados en 1835.

que atravesar las dunas... en un punto elevado, sobre lo alto de la barranca, estaba el fuerte, separado de la *Poblacion*, o sea la mayor parte de las casas; era un edificio de una planta, de muralla cuadrangular y con tres bastiones en los ángulos, la iglesia y el polvorín al sur, las habitaciones del comandante al oeste, la aduana al norte y la entrada y habitaciones de oficiales al este"⁴¹.

Allí se relacionó con Manuel Álvarez, marino y comerciante, y François Fourmantin, apodado Bivois, francés y corsario de las Provincias Unidas del Plata; ambos estaban en el pueblo cuando, dos años antes, la armada brasileña había atacado el puerto.

Después de unos pocos días en El Carmen, viajó por tierra al Norte, a la estancia de la familia Alfaro en la bahía de San Blas; partió de noche, "la luna brillaba con un vivo resplandor aumentado por la pureza del cielo donde se destacaban las bellas constelaciones del hemisferio austral, estaba tan claro que podíamos seguir el camino casi como si fuera de día", el suelo "estaba cubierto de arena grosera y negruzca mezclada de numerosos cantos rodados, conocidos como *chinas*, casi todos porfiríticos, basálticos o cuarzosos..., parecía como si estuviera quemado"; sobre el terreno crecían "de a tramos, pequeños arbustos raquíticos y espinosos... , junto a penachos de pasto, entonces totalmente seco"; era la tierra de la mara, el ñandú y el "quirquincho..., especie de tatú que los indígenas pampas llaman *pichi*". La estancia estaba sobre una saliente de la costa que, en marea alta, conformaba una

una manada, le cortaban la retirada al mar; cuando los machos los veían, intentaban ganar el agua, pero, para impedirlo, los pescadores les daban un golpe sobre la trompa, ante lo que el animal trataba de aplastar a su agresor con el peso del cuerpo, abriendo la boca y elevándose sobre sus aletas; era entonces cuando el cazador lo lanceaba en el pecho... y, mientras los marinos más experimentados se ocupaban de matar así a los machos, el resto, ultimaba a palcos a jóvenes y hembras"; terminada la matanza, les quitaban la piel y toda la grasa que llevaban a caballo o en barco hasta "el horno, donde el fuego, encendido en principio con maderas, se mantenía luego con la misma grasa derretida, obteniéndose así aceite que se almacenaba en toneles". El aceite era "un producto de lo más límpido y prácticamente inodoro... que se vendía comúnmente en Europa como si fuera aceite de ballena, representado una rama de comercio siempre lucrativa". En fin, la Patagonia era muy diferente a la ciudad de Buenos Aires y a la Corrientes exuberante que había visitado unos meses antes, una tierra así, "en cualquier otro lado, sería vista como inhabitable"⁴³, sin embargo, mucha gente se empeñaba, ya entonces, en hacer de aquellas soledades su lugar en el mundo.

De salinas y ñandúes patagónicos

D'Orbigny llegó por la costa atlántica, hacia el Sur, hasta la ensenada de Ros y la caleta de los Loros, visitó la desembocadura del río Negro y, aguas arriba, la salina de Andrés

Paz que era explotada por algunos propietarios de El Carmen que empleaban unos pocos obreros sin salario fijo, o sea que les pagaban por cantidad de sal recogida. Desde la salina el producto era llevado al río en carreta y luego en barca hasta El Carmen con buen beneficio para el dueño de la explotación; en la salina *"uno estaba expuesto a la reverberación y a la deslumbrante blancura de toda esa extensión cristalizada..., los obreros decían que en días de sol pleno la refracción era a menudo insoportable y los obligaba a abandonar el trabajo, sobre todo en época de sequía"*.

La sal se usaba en gran medida en saladeros como el que funcionaba en la estancia de la familia Álvarez. En este campo, un día determinado, se reunía el ganado en un gran corral a fin de abatirlo al día siguiente; *"el animal era enlazado por un jinete, obligándolo a salir del corral y llevándolo al matadero donde, el mismo jinete, sin bajarse del caballo, le cortaba de un diestro cuchillazo los jarretes traseros para impedirle caminar; acto seguido, otros peones lo daban vuelta y le cortaban el cogote para que se desangre"*; luego era el momento de desollarlo y descarnarlo empezando por el vientre, *"tarea que se hacía con gran destreza ya que desollaban al animal y comenzaban a despiezarlo sobre su mismo cuero"*; a continuación se separaba la grasa de la carne *"colocando los cueros en el suelo, encima una gruesa capa de sal y finalmente, extendidos cuidadosamente, los pedazos de carne y así, alternativamente, en capas sucesivas hasta formar altas pilas cuadrangulares que no se tocaban en diez o quince días de modo que la carne quedara bien saturada en sal; después de este tiempo, la carne se colgaba en cuerdas hasta que quedase bien seca, pesando entonces menos y siendo así más fácil de transportar"*; del mismo modo, antes de venderlos, se apilaban y salaban los cueros; *"se comercializaban tres clases de grasa, la retirada de los intestinos o sebo... que se vendía apilada o fundida en barricas, era la de mejor calidad y se usaba en luminarias y para exportación; la grasa que se separaba de la carne y, fundida, se metía en vejigas o trozos de intestino grueso y era un manjar apreciado tanto en la campaña como en Buenos Aires...; y una tercer especie de grasa..., el tuétano de los huesos, que retirado a mano de los huesos rotos, se fundía y recogía en pequeños barriles... constituyendo un aderezo delicado"*.

Otro producto muy requerido por el gusto de la época era *"la lengua que se salaba, se secaba y luego se consumía"*; las vísceras eran comúnmente retiradas por pobres e indígenas, en tanto que el resto del animal, incluida la cabeza y la osamenta, se descartaba, amontonando estos desechos en la costa del río. *"El espectáculo de un saladero era de lo más triste"*, no había más que gritos y muerte *"en medio de la explosión de la risa de los peones y los graznidos de las aves de rapiña sobrevolando todo atraídas por la masacre o disputando a los perros lo que les dejaban"*⁴⁴.

D'Orbigny participó también de la caza del ñandú. Fue así que el día fijado, a la aurora, *"cabalgó hasta el lugar de encuentro donde ya esperaban catorce personas armadas de boleadoras, quienes previamente habían enviado sus mejores caballos de carrera al lugar"*, cerca de allí, *"frente a la estan-*

cia de Álvarez", el grupo cruzó el río Negro y, una vez en la orilla sur, prepararon las monturas y, *"partieron, con dos o tres boleadoras a la cintura"*. Cuando divisaron a los ñandúes, *"algunos jinetes formaron un gran círculo a fin de obligar, por así decirlo, a las presas a dirigirse a esa especie de callejón sin salida donde iba a ser más fácil atraparlas; entre tanto, los restantes, se alineaban de frente, aunque relativamente separados unos de otros, para así cerrar el círculo e impedir que los animales escapasen; todos cabalgaban en silencio, pero bastó que una familia de ñandúes se apartara del resto para que, de súbito, los cazadores se lanzaran al galope. Comenzó entonces un espectáculo de lo más animado, las desdichadas aves corrían lo más rápido que podían cubriendo grandes distancias en pocos segundos; ante esto, los cazadores más experimentados, sabiendo que si no se acercaban al animal cuando éste comenzaba la fuga después sería tarde, lanzaban su monta a todo galope y, cuando estaban a doce o quince pasos del ñandú, siempre a toda carrera, se inclinaban hacia adelante y hacían girar las boleadoras, bien calzados en las espuelas y apretando la montura con las piernas; si fallaban, sin detenerse, se agachaban, las levantaban del suelo y las volvían a lanzar; rápidamente, diez boleadoras, lanzadas por varios jinetes, estaban alrededor del cuello y las alas del ñandú; el animal, aún rodeado de caballos, intentaba escaparse con amagos y zigzags, a la vez que trataba de lastimar a los caballos con una especie de uña terminal que tiene en el ala, logrando así, a veces, asustarlos y pasar entre las patas de las cabalgaduras provocando incluso la caída de más de un jinete; el ave corría entonces espantada en línea recta, pero, no faltaba quién la boleara por las patas y la hiciera caer, para después matarla y cortarle las alas que el cazador ataba al cuello de su caballo antes de seguir con la caza"*. Los indígenas apreciaban mucho la carne de ñandú, los criollos en cambio sólo *"comían el pecho, conocido como picanilla, que era lo único que les gustaba"*. También se utilizaban las plumas que, *"como no eran vistosas, servían para plumeros"*⁴⁵.

Los dueños de la Patagonia

D'Orbigny dejó, por último, interesantes observaciones sobre los indígenas del otro lado del río Negro. *"Había tres tolderías o grupos de tiendas bien diferenciadas, una de Puelches y Patagones, emplazada cerca del pueblo, otra, más lejos, de Aucas o Araucanos y, la última, una legua aguas arriba del pueblo, de Patagones o Tehuelches"*. Se ocupó en detalle de tehuelches y araucanos pero, poco fue lo que dejó escrito sobre sus puelches.

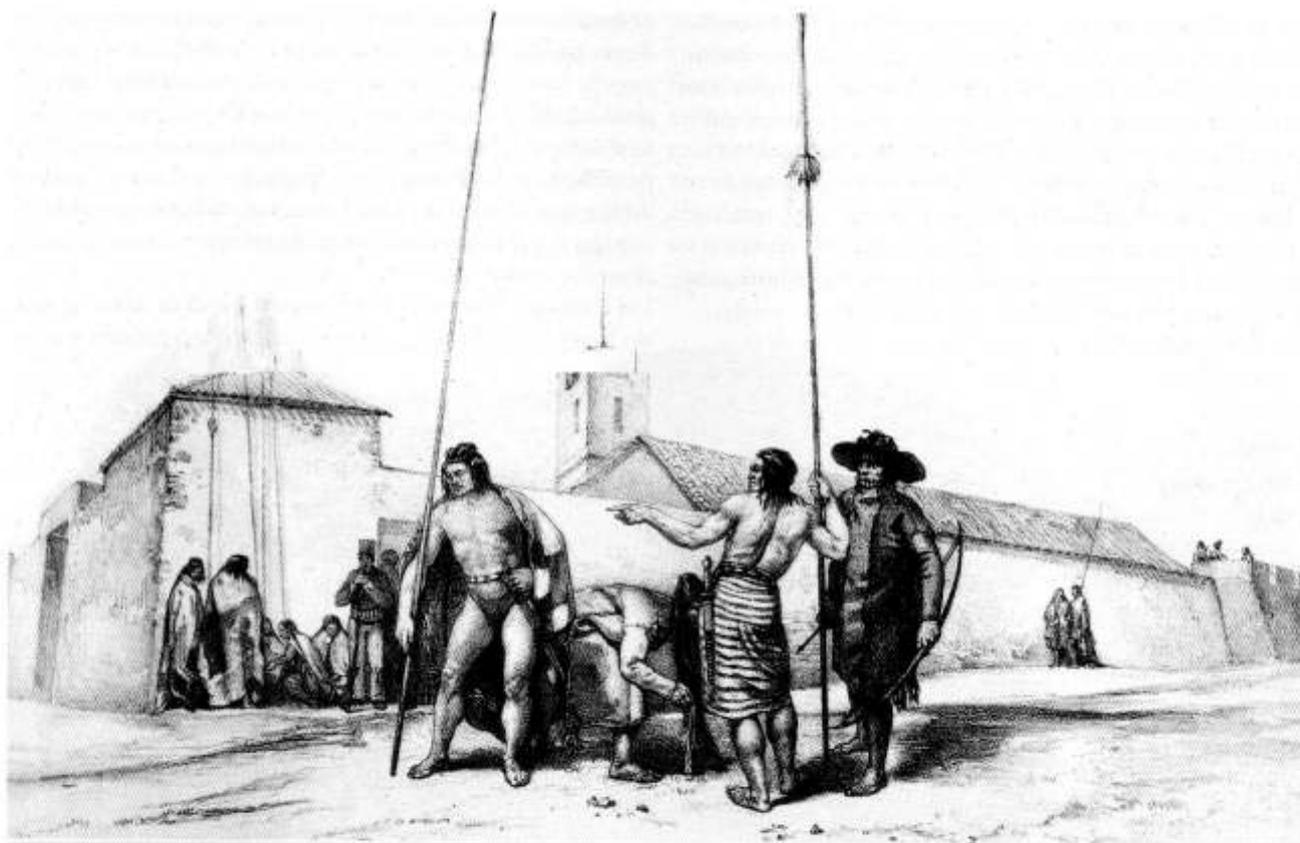
Los Tehuelches o Patagones vivían en las extensas mesetas patagónicas desde el río Negro a Tierra del Fuego; *"un problema a resolver era el de su altura y cómo conciliar las numerosas aserciones que había sobre su estatura gigantesca... , ¿cómo refutar a veinte viajeros comenzando por Pigafetta?... era una cuestión bastante delicada, sin embargo, mis Patagones y los de Magallanes eran los mismos y los míos no eran gigantes, cabría entonces creer que hubo a este respecto un error de apreciación manifiesto, los habitantes de las partes más australes de la Patagonia podían ser algo más altos que los del*

norte pero lejos estaban de ser enormes colosos". De hecho, el naturalista francés midió a varias personas y comprobó que "su talla media estaba por encima de cinco pies y cuatro pulgadas métricas francesas, lo que, sin dudas, no dejaba de ser una buena altura", algo más de 1,70 metros. Los Patagones eran "robustos, de hombros anchos... cara amplia y cuadrada... raramente llevaban su rostro al natural y a menudo se pintaban de rojo, negro o blanco", las mujeres también, aunque sin el blanco; "tenían el cabello negro y lo usaban largo, casi siempre atado en la cabeza con un cordón de cuero o lana" e, igual que los indígenas chaqueños, "se depilaban con cuidado la barba". En cuanto a la comida, "los Patagones amaban la grasa y el sebo rancio y, si bien preferían comer carne cocida, a menudo la ingerían cruda"⁴⁶.

El otro grupo de indígenas que vivía en El Carmen eran, "los Araucanos de las Pampas o Aucas... que se diferenciaban de los tehuelches por su talla e idioma"; se los conocía con distintos nombres de acuerdo a donde moraban, "**Péhuenes** o **Péguenches**, a los de la cordillera chilena desde Antuco a Mendoza, **Ranqueles** o **Ranquelines**, a aquellos del este de los Andes... y el resto se dividía según sus caciques, como los de Pincheira, generalmente llamados **Chilenos**, porque muchos chilenos desertores acompañaban la tribu". Los aucas eran relativamente bajos alcanzando "apenas cinco pies de media", los ranqueles eran más altos, en tanto que "los Aucas de Pincheira, quienes particularmente vivían en la mon-

taña, eran, casi todos, de talla menor a cinco pies"⁴⁷. Al igual que los patagones "sus dientes estaban siempre bien ordenados y blancos, y no los perdían jamás", y por otro lado, como sus vecinos, "tenían el hábito de depilarse la barba". Los aucas hilaban la lana en husos, la teñían y "producían tejidos de gran renombre". En lo que hacía a la comida, compartían gustos con los tehuelches ya que también "comían grasa cruda, siendo particularmente afectos a los riñones de potro que gustaban sazonar y comer todavía palpitantes, lo mismo que a los fetos de las yeguas que mataban, o el corazón aún sangrante; su alimento habitual era, sin embargo, la carne apenas cocida, sea a las brasas o en agua hirviendo; también les gustaba la sangre cocida en agua pero, ante todo, preferían la carne de yegua y la de los animales que cazaban". Bueno, además comer "les gustaba mucho el tabaco y los licores". Por otro lado, "la poligamia estaba permitida entre los Aucas... especialmente para los propietarios de mucho ganado o los jefes (**ulmens**)".

En cuanto a la religión, "los Aucas creían más que todos los otros indígenas en la inmortalidad del alma... y tenían también idea de un diluvio universal que habría obligado a sus ancestros a trepar los Andes para salvarse; ¿sería errado preguntarse si estas tradiciones, comunes a todos los pueblos, no estaban relacionadas con la presencia de numerosos fósiles marinos, muy fáciles de hallar y reconocer, en varios puntos de la cordillera así como en acantilados y quebradas?"⁴⁸.



Indígenas del sur. Patagones y Aucas en traje de guerra.

Levantamientos indígenas

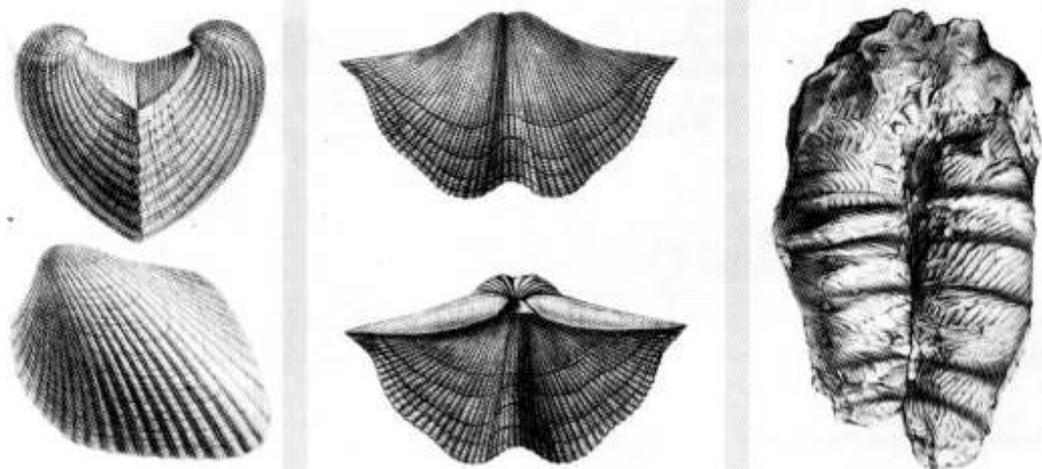
Los indígenas eran mayormente pacíficos pero, mientras d'Orbigny estuvo en El Carmen, se levantaron en armas dos veces, la primera vez al sur del río Negro y la segunda al norte. El primer ataque fue en mayo y reunió a "mil o mil quinientas almas incluyendo mujeres y jóvenes quienes, mientras los guerreros iban al frente, estaban encargados de acarrear el botín...; entre los guerreros había doscientos araucanos armados de lanzas y trescientos tehuelches con arcos y flechas...; la noche del 22 al 23 los indígenas recorrieron el campo en busca de su botín, masacrando a los pobres puesteros". No llegaron a atacar el pueblo, pero "hubo muchas pérdidas y más de cincuenta familias de El Carmen quedaron totalmente arruinadas, evaluándose el ganado robado en quince a diecisiete mil cabezas; tal fue la situación que los campos del sur, unos días antes llenos de animales, quedaron casi desiertos". El segundo levantamiento fue en julio; esta vez, indígenas seguidores de los hermanos Pincheira "atacaron de improviso una toldería de aucas de los alrededores de El Carmen masacrando a los hombres, robando a las mujeres y quemando vivo a un cacique subalterno que había sido hecho prisionero"; después de hacerse con el ganado de los alrededores se acercaron el 22 al fuerte donde fueron recibidos con algunos cañonazos ante lo que "pidieron parlamento por medio de una bandera; el aspecto de esos guerreros con sus largas lanzas en la mano era bastante singular, esas cañas imponentes de diez y seis a dieciocho pies de largo y ornadas con penachos de pluma de ñandú ..., permitían reconocer entre ellos a un gran número de jefes, tratándose, por lo tanto, de la avanzada de una fuerza más considerable que, sin duda, estaba acampada en los alrededores". Esa vez hubo parlamento y todo concluyó con la partida de los indígenas que se llevaron, sin embargo, el ganado robado. Días después, el 25, los indígenas se desplazaron hasta la estancia de Bivois sobre la orilla sur de la desembocadura del río Negro, sitio que había sido preventivamente reforzado por parte de la infantería de El Carmen llegada allí por el río. "Bivois guardó el ganado en los corrales y se preparó a recibir al enemigo; aparecieron entonces los indígenas sobre las alturas vecinas,

llegando, minutos más tarde, al galope tendido, escondidos en parte en el flanco del caballo; iban casi desnudos, lanza en mano, los cabellos flotando al viento y profiriendo gritos de guerra, y aunque las balas no dejaban de llover sobre ellos, unos se ocupaban de rellenar el foso de defensa perimetral mientras otros intentaban mover de lugar los palos del corral para sacar el ganado; ¡parecían no inquietarse por los defensores quienes les producían innumerables bajas con sus tiros, dejando el suelo sembrado de caballos inutilizados! pero, mientras parte de los asaltantes se ocupaba de recoger a sus muertos y heridos, y otros comenzaban a llevarse los animales, sonó retirada y todos obedecieron; ¡parece que un jefe había sido derribado! Y fue así que, en un instante, en el campo de batalla no quedaron más que caballos muertos, lanzas abandonadas y mucha sangre, junto al puñal y el sombrero de un cacique... ¡pero ninguna persona muerta!, ya que era una costumbre muy acendrada entre los indígenas la de nunca abandonar el cadáver de un hermano, aún en medio de una fuerte lucha". Para finalizar, los indígenas siguieron hacia el sur y "se presentaron el veintisiete en la bahía de San Blas donde fueron recibidos a balazos, lo que hizo que ganasen las alturas vecinas y pidiesen una tregua, para acercarse sin dudas a la isla de los Jabalíes y hacerse con los animales; su pedido no fue atendido pero, ¿qué podían hacer una veintena de hombres, mayormente negros esclavos, contra un fuerza tan respetable?"; la situación era, sin dudas, desesperada y fue entonces que los asediados encontraron "una salida realmente infernal, aunque aceptada con entusiasmo por los presentes a pesar de las dudas de muchas personas razonables; se trató, nada más y nada menos que de envenenar a los indígenas!; un médico inglés propuso hacer veneno con una mezcla a base de arsénico agregada a ciento cincuenta panes y dos barriles de aguardiente que les dejaron a los indígenas"; éstos felizmente no murieron pero "se fueron por donde vinieron, ya que, sin duda, el veneno debió producirles efectos terribles, que, de acuerdo a sus creencias, los llevó a abandonar precipitadamente un lugar al que suponían engualichado"⁴⁹.

Los indígenas levantados volvieron a ganar la orilla sur del río Negro y a d'Orbigny no le quedaba mucho tiempo más

Fósiles.

De izquierda a derecha: Anadara bonplandiana (bivalvo); Gyosporifer condor (braquiópodo) y Cruziana (traza fósil).



en la Patagonia, pero..., nadie que pasase entonces por El Carmen podía irse sin antes "visitar uno de los lugares que la superstición de los indígenas había vuelto célebre, el árbol del Gualichu o del dios maléfico". El sitio estaba hacia el norte, "en la travesía del Río negro al Río Colorado..., zona sin ninguna fuente de agua permanente". Llegado al lugar, vio que "el dios maléfico era simplemente un árbol raquítico que no había crecido en un bosque, lo que no hubiera llamado la atención, sino que se levantaba perdido en medio de planicies inmensas..., tenía veinte a treinta pies, el todo tortuoso y espinoso, la copa amplia y redondeada, el tronco grueso, nudoso, bastante gastado por el tiempo y con el centro hueco...; ningún indio pasaba sin dejar algo y el que no tenía nada se contentaba con atar a las ramas un mechón de crin del caballo; el tronco cavernoso del árbol era depositario de los presentes de hombres y mujeres, tabaco, papel de cigarrillos, abalorios y también monedas, pero lo que daba el testimonio más claro del culto de los salvajes era la gran cantidad de esqueletos de caballos degollados que había, la ofrenda más preciosa que un indígena podía hacer en honor al genio del lugar". Reflexionaba d'Orbigny, "era natural para un pueblo nómada intentar que el desierto, donde sed y fatiga matan, se volviese favorable" y que "su culto estuviese repartido en innumerables objetos, todos susceptibles de inspirar temor"⁵⁰.

El naturalista viajero

D'Orbigny describió la naturaleza del Plata y otras regiones sudamericanas, colectando innumerables objetos naturales que estudiaría, años después, en Francia. *Voyage dans l'Amérique méridionale* compendia en gran medida toda esta información.

Visitó Buenos Aires, la costa del Paraná y el noreste de la Patagonia, realizando varios perfiles geológicos y dando a conocer los primeros mapas geológicos de nuestro territorio, *Carte Géologique. Carte d'une partie de la Rép.que Argentine comprenant les provinces de Corrientes et des Missions de*

1835 y *Carte Géologique d' une partie de la République Argentine comprenant les Provinces de Santa Fe, d'Entre Rios, de Buenos-Ayres, et la partie Septentrionale de la Patagonie de 1838*. Publicó en París y por separado, estos mapas en la década de 1830 y luego, junto a otras ilustraciones, en el atlas del *Voyage de 1846*⁵¹.

En la sección *Paléontologie del Voyage*, publicada en 1842, describió numerosas especies fósiles nuevas, mayormente colectadas por él mismo en su periplo sudamericano y muchas de las cuales aún siguen siendo válidas; son alrededor de cien especies de invertebrados y diez de vertebrados, principalmente colectadas en Bolivia y Chile. Alcide mencionó además la presencia de madera petrificada en las barrancas del río Paraná, cerca de la Bajada y Cavallú Cuatiá, actuales Paraná, Entre Ríos y La Paz, Corrientes, y en horizontes equivalentes de Patagonia⁵². Nominó las especies y géneros fósiles del *Voyage* con nombres vernáculos o bien las dedicó a personas de su estima. En este sentido, puede destacarse el braquiópodo *Gypospirifer condor*, colectado al norte de La Paz, Bolivia, un fósil que "a pesar de ser poco común, los pobladores de la granja de Yarbichambi lo conocían y lo llamaban **condor**, por analogía entre la forma de la conchilla y un cóndor volando", o el género de trazas fósiles *Cruziana*, colectado en Bolivia y dedicado al entonces presidente, "general Santa-Cruz". Entre sus especies colectadas en nuestro país, cabe señalar a los bivalvos *Ostrea patagónica*, una especie muy común en el Cenozoico de la región, y *Anadara bonplandiana* de Entre Ríos, dedicado a "Bonpland, quién lo colectó en la Bajada"⁵³. De vuelta en Francia, d'Orbigny realizó aportes conceptuales esenciales a la geología y, en especial, a la estratigrafía moderna, opacados, en parte, por su férrea oposición a los conceptos evolucionistas impulsados por Darwin. Son numerosas las especies de animales y plantas del Plata descritas por d'Orbigny, mencionemos algunas. Colectó algo más de 1900 vegetales durante su viaje, aunque especialmente ilustró, algas, briófitas y unas pocas plantas con flores⁵⁴. El *Voyage* incluye también datos ecológicos puntuales,



Gato montés.

Una de las numerosas especies de animales y plantas que describió d'Orbigny.

por ejemplo, en relación a la rápida difusión del cardo en la pampa⁵⁵ o bien, un hecho que hizo notar en más de una oportunidad, acerca de la distribución de las palmeras en el litoral, con *"los penachos redondeados de la palmera caranday que aparecían diseminados en terrenos fangosos y jamás se daban en suelos arenosos donde los reemplazaba el yatay"*⁵⁶.

Entre los animales, coleccionó numerosas especies de moluscos, como bivalvos, caracoles y pulpos, crustáceos, tales como centollas y cangrejos, insectos, y varias especies de anfibios, reptiles, pájaros y mamíferos que pasaron a enriquecer las colecciones del *Muséum*. También describió e ilustró material de colecciones realizadas por otros naturalistas. Tal es el caso del delfín del plata o franciscana, recuperado cerca *"de la desembocadura del Plata y depositado en el Muséum de París por de Fréminville, oficial de la marina real y naturalista"*⁵⁷; la franciscana es un animal de color castaño grisáceo, algo más claro en el vientre, que mide cerca de 1,50 metros de largo y pesa 50 kilos, vive fundamentalmente en el estuario del Plata y zonas aledañas, y actualmente, está en peligro crítico de extinción; la especie fue originalmente descrita por Paul Gervais y, años después, ilustrada y bien caracterizada por el mismo autor junto a d'Orbigny⁵⁸.

Otra de las especies que llamó la atención de d'Orbigny, no sólo por la importancia económica que tenía entonces su explotación, sino también por sus hábitos de vida, fue el elefante marino del sur. Este pinnípedo es característico de los mares australes y, en especial, del Océano Atlántico Sur; en nuestras costas, es bastante menos común que el lobo marino y, de hecho, en la actualidad, su única colonia de cría está en Península Valdez. Sin embargo, los elefantes marinos fueron en el pasado mucho más abundantes, *"ocupando con sus manadas, hacia el norte, todas las playas arenosas costeras desde el cabo San Antonio, en la desembocadura del Plata, hasta las costas acantiladas de la Patagonia al sur del río Negro"*, pero resultaron intensamente cazados por su aceite, de modo que cuando Alcide estuvo en El Carmen, ya era raro verlos en *"la desembocadura del río Negro, donde antes cubrían por millares las dunas de la playa"*. Los elefantes marinos *"tienen la forma general de los lobos marinos comunes..., las hembras poseen el hocico corto, en tanto que los machos, una especie de trompa móvil de seis a ocho pulgadas de largo, con las narinas en su extremo y la boca enorme..., de largos caninos...y, además, no tienen oreja externa, lo que da a la cabeza un aspecto particular; la cabeza es pequeña en relación al cuello y al cuerpo cuyo diámetro aumenta hasta los hombros para luego disminuir hacia el extremo posterior, terminando en dos aletas caudales..., en tanto que, del lado anterior tienen aletas angulosas y aplanadas...; los machos alcanzan de cinco a siete metros de largo sobre cuatro de diámetro...; el agua salada es su elemento exclusivo... nadando con gran vivacidad y elegancia"*. Estos animales *"salen ocasionalmente fuera del agua, en especial, los días de buen tiempo; sin embargo, entre septiembre y octubre, la manada permanece en la playa porque es cuando las hembras paren,*

alimentan a sus pequeños y les enseñan a nadar". Un macho cuida la manada e impide a otros acercarse mientras están en tierra pero, *"si esto ocurre, se produce un largo y sanguinario combate que decide la posesión de las hembras, en el transcurso del cual ambos rivales se paran sobre la cola buscando morderse y aplastar así a su contendiente sobre el suelo... y, una vez finalizado el combate, el vencido gana el mar"*. A diferencia de los machos, *"las hembras son muy pacíficas y mientras están en la tierra, viven echadas, muy cerca unas de las otras...; cuando algo asusta a la manada, el macho, siempre alerta, busca inmediatamente ganar el mar y muchas hembras lo siguen"*. Para parir, *"las hembras se apartan un poco de la manada y, en la arena, entre las dunas, dan a luz dos pequeños de cuarenta a cincuenta centímetros de largo que los primeros días son ciegos, entonces la madre no los abandona y, si los atacan, los defiende con gritos lastimeros"*; luego de unos días los cachorros comienzan a ver y desplazarse por sí mismos, de modo que las hembras retornan a la manada. El instinto materno, reflexionaba Alcide, aseguraba la supervivencia de las crías, *"da placer ver en todos los animales, desde el tigre feroz a la tímida oveja, desde el mono ágil a la pesada ballena, el tierno cuidado que prodigan las madres a sus cachorros"*⁵⁹.

Corolario

D'Orbigny fue uno más de los muchos viajeros que visitaron el Plata durante la primera mitad del siglo XIX y dejaron sus impresiones en libros, generalmente publicados en vida del autor y mayormente escritos en inglés o francés. Francis Bond Head, Darwin, Emeric Essex Vidal, Arsène Isabelle o los hermanos Robertson son algunos de los más destacados de este grupo. Estos textos interpelan y describen nuestra otredad desde lo que sus autores estimaban que era "la civilización". Son textos que tienen un claro enfoque etnocéntrico europeo y, en el caso de alguno de ellos, como los de Darwin o d'Orbigny, un marcado sesgo cientificista, o sea que "el saber" del autor le permitía "ver más allá" y así interpretar y explicar la "realidad" para la gente del común.

Voyage dans l'Amérique méridionale es un texto que nos muestra cómo vio d'Orbigny el Plata con sus ojos de europeo o, mejor dicho, de francés, y no un francés cualquiera, uno que "sabía", un naturalista viajero del *Muséum national d'histoire naturelle* de París. Pero, más allá de su mirada de científico, el *Voyage* nos da a conocer a un francés maravillado con la exuberancia de Corrientes y la austera soledad de la Patagonia, un hombre extasiado con lo mágico e impredecible de estas tierras y la gracia de las porteñas, y también el otro, el Alcide disgustado de tanta costumbre "bárbara" de indígenas y paisanos, el hombre contrariado de tratar con personas a las que les gustase dormir la siesta y comer con tanta grasa. En fin, por encima de todo, Alcide d'Orbigny nos dejó sus obras. Su legado es su palabra escrita, ese entramado de textos claves para entender y apreciar nuestra historia más allá de prohombres y batallas.■

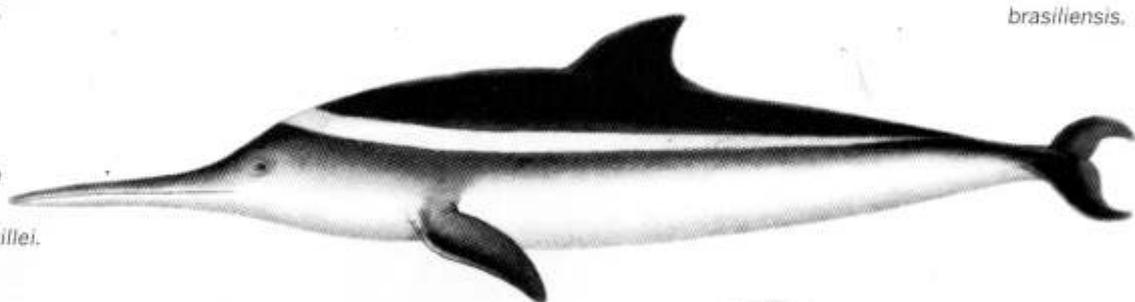


Bagre de mar.
Genidens barbatus.

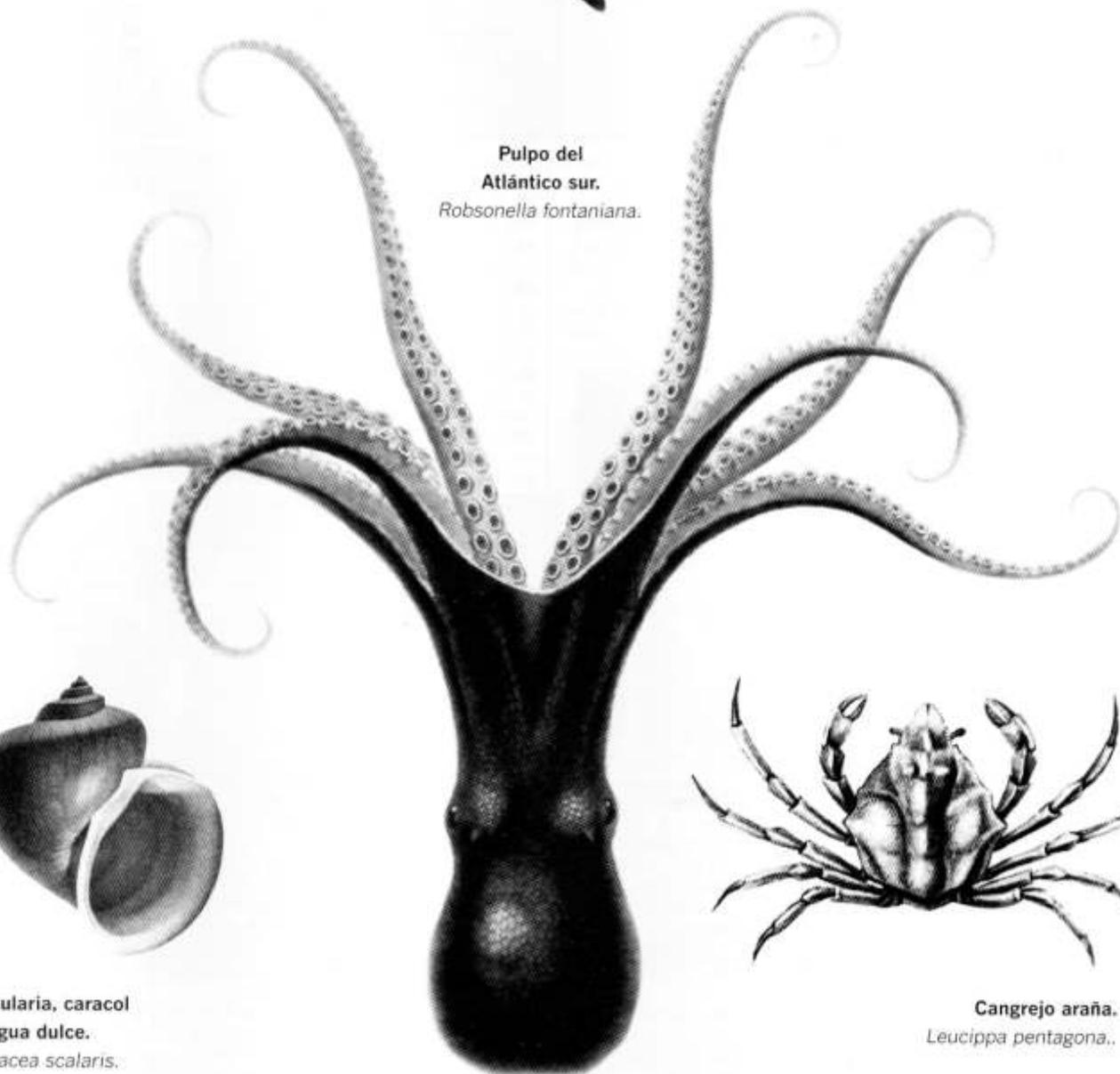


Dorado. *Salminus brasiliensis.*

Delfín del Plata o Franciscana.
Pantoporia blainvillei.



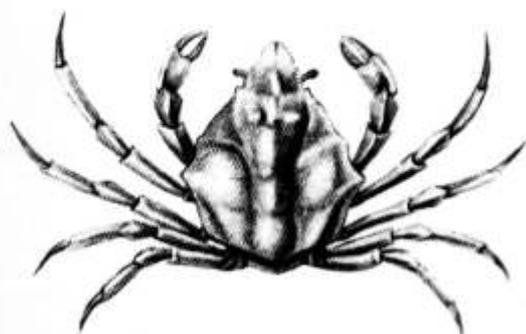
Pulpo del Atlántico sur.
Robsonella fontaniana.



Ampularia, caracol de agua dulce.
Pomacea scalaris.



Cangrejo araña.
Leucippa pentagona.



Notas

1. Legré-Zaidline, F.: *Voyage en Alcide*. Boubée, Paris, 1977.
2. D'Orbigny, A.: cap. I, pp. 7, 13, 17. Las citas textuales de d'Orbigny, en itálica y entre comillas, fueron traducidas del texto original del *Voyage dans l'Amérique méridionale Tome Premier, Partie Historique* de 1835, reproducido en la edición 2006-2007 de La Découverte; los números de página citados corresponden a esa edición.
3. Vaultier, J.B.: *Le développement des sociétés savantes à La Rochelle (1800-1872)*. En Moreau, C. y Dory, D. (dir.), *Alcide d'Orbigny entre Europe et Amérique. Textes et contextes d'une oeuvre*. Presses Universitaires de Rennes, 2005.
4. de Bertier de Sauvigny, G.: *Histoire de France*. Flammarion, Paris, 1977.
5. Fleuriu de Bellevue descubrió el ilvaíta un mineral (silicato básico de hierro y calcio) cuya nominación recuerda el antiguo nombre de la isla de Elba; Jean-Claude Delaméthèrie, también geólogo y naturalista, editor del renombrado *Journal de Physique, de Chimie, d'Histoire Naturelle et des arts*, lo mencionó en un artículo del *Journal* (1800), como un estrecho colaborador en el análisis de los productos volcánicos recuperados del Vesuvio; Fleuriu coleccionó y nominó también numerosas especies de invertebrados que hoy enriquecen las colecciones del *Muséum*.
6. D'Orbigny, cap. I, p.3.
7. Ottone, E.G.: "Bonpland un naturalista francés en el Plata" en *Todo es Historia* N° 504, julio de 2009.
- Ottone, E.G.: *The history of palaeobotany in Argentina during the 19th century*. *Geological Society, London, Special Publications* 241, 2005.
8. François Victor Masséna fue un destacado bibliófilo y ornitólogo; su colección, de más de doce mil especímenes de aves se encuentra en la *Academy of Natural Sciences of Philadelphia*.
9. D'Orbigny, A. 1835-1847. *Voyage dans l'Amérique méridionale (le Brésil, la République Orientale de l'Uruguay, la République Argentine, la République du Chili, la République de Bolivie, la République du Pérou), exécuté pendant les années 1826, 1827, 1828, 1829, 1830, 1831, 1832 et 1833*. P. Bertrand, Paris y V.e Levrault, Strasbourg, Obra publicada en 7 tomos y 2 atlas. El tomo 1 del *Voyage* es de 1835 e incluye la parte histórica. El tomo 2 está dividido en 4 partes, la 1ª, de 1844, es la continuación de la parte histórica; la 2ª de 1846, la geografía; y, finalmente, 3ª y 4ª partes, de 1842, la geología y paleontología. La 1ª parte del tomo 4 incluye la descripción de los indígenas americanos, en tanto que la 2ª parte del tomo, de 1847, fue publicada en coautoría con Paul Gervais y está dedicada a los mamíferos. El tomo 5 incluye 5 partes: la 1ª de 1847, está dedicada a los reptiles; la 2ª del mismo año y en coautoría con Achille Valenciennes, a los peces; la 3ª de 1835-1843, a los moluscos; la 4ª de 1839-1846, a distintos grupos de invertebrados; y la 5ª, de 1839, a los foraminíferos. El tomo 6 tiene 2 partes, la 1ª de 1843, dedicada a los crustáceos, y la 2ª de 1837-1843 a los insectos. El tomo 7 incluye 3 partes dedicadas a botánica; 1ª y 2ª, de 1839, fueron realizadas por Camille Montagne; la 3ª, de 1847, estuvo específicamente dedicada a las palmeras y fue redactada por Karl Friedrich Philipp von Martius. El tomo 8 de 1846 es el atlas histórico, geográfico, geológico, paleontológico y botánico; en tanto que el tomo 9 es el atlas zoológico. Varias de las ilustraciones de este artículo pertenecen a esta obra.
10. D'Orbigny, 1836. Varias ilustraciones de este artículo pertenecen a esta obra.
11. D'Orbigny, 1847.
12. Arzè, R. y Joinville-Vacher, J.: Alcide d'Orbigny et Andrés Santa Cruz: une rencontre exceptionnelle. En Taquet, Ph. (ed.), *Un voyageur naturaliste. Alcide d'Orbigny. Du nouveau monde... au passé du monde*. Nathan, Paris, 2002.
13. Dory, D.: Alcide d'Orbigny et la constitution des études boliviennes. En Moreau y Doby (dir.): *Alcide d'Orbigny entre Europe et Amérique*. Textes et contextes d'une oeuvre. Presses Universitaires de Rennes, 2005.
14. Sáenz Quesada, María: *La Argentina, historia del país y de su gente*. Sudamericana, Bs. As., 2001.
15. Idem.
16. d'Orbigny, cap. IV, p. 72.
17. d'Orbigny, cap. XIII, p. 426.
18. Sarmiento, D.F.: *Civilización i barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga i aspecto físico, costumbres, i abitos de la Republica Argentina*. Imprenta del Progreso, Santiago, 1845.
19. D'Orbigny, p. 69; las palabras en negrita están escritas igual que en original francés.
20. D'Orbigny, cap. IV, p. 70.
21. D'Orbigny, cap. IV, p. 70; de Azara fue un oficial y naturalista español que trabajó en la demarcación de la frontera del Virreinato del Río de la Plata de 1781 a 1801 y publicó en 1809. *Voyages dans l'Amérique méridionale*, uno de los primeros compendios de historia natural del Plata.
22. D'Orbigny, cap. XIII, p. 427.
23. D'Orbigny, cap. XIII, pp. 432-433; d'Orbigny, p. 432, refirió que las cuerdas de Buenos Aires eran de "150 varas" por lado, la vara usada entonces en la ciudad equivaldría a unos 8,3 m, de modo que parecería que sobreestimó la longitud del lado de la cuadra.
24. D'Orbigny, cap. XIII, pp. 435-436.
25. D'Orbigny, cap. XIII, pp. 439-440, 443-444.
26. D'Orbigny, cap. XIII, pp. 435, 437.
27. D'Orbigny, cap. XIII, pp. 447-451.
28. D'Orbigny, cap. V, pp. 74, 81, 83-84, 86, 91, 93, cap. VIII, pp. 162, 175.
29. D'Orbigny, cap. VI, pp. 100-102; caranday (*Trithrinax campestris*).
30. D'Orbigny, cap. VII, pp. 127-129; yatay (*Butia yatay*).
31. D'Orbigny, cap. VII, pp. 131-132, 136-140.
32. D'Orbigny, cap. IX, pp. 199, 201; Ottone, op.cit., 2009; el gobierno de José Gaspar Rodríguez de Francia reclamaba Misiones como territorio paraguayo y combatía o apresaba a quienes allí se establecían. Bonpland fue hecho prisionero en Santa Ana en 1821 y liberado 10 años después.
33. D'Orbigny, cap. VIII, pp. 159, 163, 170.179-180.
34. D'Orbigny, cap. IX, pp. 203-205, 208-213.
35. D'Orbigny, cap. IX, pp. 231-232.
36. D'Orbigny, cap. X, pp. 262-264.
37. D'Orbigny, cap. X, pp. 252-253; según d'Orbigny, p. 253, el adorno labial o tembetá medía 5,5 cm.
38. D'Orbigny, tome II, 1847, pp. 293, 295, 298.
39. D'Orbigny, cap. IX, pp. 318-320, 325-326.
40. d'Orbigny, cap. XX, p. 305.
41. D'Orbigny, cap. XVII, p.130.
42. D'Orbigny, cap. XVII, pp. 136-137, 139, 141-142.
43. D'Orbigny, cap. XVII, pp. 168-170, cap. XIX, p. 237.
44. D'Orbigny, cap. XVIII, pp. 225-226, cap. XIX, pp. 244-246.
45. D'Orbigny, cap. XX, pp. 279-281.
46. D'Orbigny, cap. XVIII, pp. 178, 182-183, 186-187; el italiano Antonio Pigafetta participó en la expedición española de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano en el primer viaje de circunnavegación. Publicó en 1524 su diario, *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*. Considerando que el pie de París medía 32,48 cm y la pulgada equivalía a 27,07 mm, la altura promedio de los indígenas de d'Orbigny, p. 183, sería de 1,73 m; sobre el mito de los gigantes patagónicos ver Casamiquela, R.: "Los gigantes patagones y la ciudad de Los Césares" en *Todo es Historia* N° 477 de abril de 2007.
47. D'Orbigny, cap. XXI, pp. 307-308, 310; los hermanos Pincheira fueron líderes contrarrevolucionarios, monárquicos que, aliados con grupos mapuches, asolaron el sur de Chile, Cuyo y parte de la Patagonia entre 1817 y 1832, cuando resultaron definitivamente vencidos por el ejército del comandante chileno Manuel Bulnes en el norte del Neuquén, en la batalla de las lagunas de Epulauquen; la altura promedio de los araucanos de d'Orbigny, p. 310, sería de 1,6 m.
48. D'Orbigny, cap. XXI, pp. 311, 316, 319, 321, 329.
49. D'Orbigny, cap. XX, pp. 284, 286, 300, 302-305; según d'Orbigny, p. 300, las lanzas medían "16 a 18 pies", o sea algo más de 5 m.
50. D'Orbigny, cap. XIX, pp. 248, 251-252; según d'Orbigny, p. 251, el árbol del gualicho tendría una altura de alrededor de 8 m.
51. D'Orbigny, 1846.
52. Ottone, op.cit., 2005.
53. D'Orbigny, 1842.
54. Alonso, R.N.: "Alcide d'Orbigny (1802-1857) y la biodiversidad del litoral fluvial argentino". En, Aceñolaza, F.G. (ed.), *Temas de biodiversidad del litoral fluvial argentino*. *INSUGEO Miscelánea* 12, 2004.
55. Brailovsky, A.E.: "Alcide d'Orbigny, el cronista de la naturaleza" en *Todo es Historia* N° 388 noviembre de 1999.
56. D'Orbigny, cap. VII, p. 120.
57. D'Orbigny, y Gervais, 1847, p. 51; Christophe-Paulin de La Poix, chevalier de Fréminville era oficial de la marina de guerra, pero además escritor, arqueólogo y naturalista.
58. D'Orbigny y Gervais, 1847; Gervais, P. 1844; delfín del plata o franciscana (*Pantoporia blainvilliei*).
59. D'Orbigny, cap. XVII, pp. 163-167, cap. XVIII, p. 209; elefante marino del sur (*Mirounga leonina*); según d'Orbigny, p. 163, la trompa de los machos tendría alrededor de 20 cm de largo.

Crédito fotográfico: las ilustraciones fueron proporcionadas por el autor.